XV.

Rechazado por él con violencia en el último momento, cuando había tratado de impedir que persistiese en aquel fatal desprecio, agarrándome á su brazo, fuí á caer sobre mi cama, y allí quedé algunos instantes sofocado, casi sin conocimiento. El ruido de aquellos pesados cerrojos, que presentía que me cerraban para siempre el corazón de Roger, de aquel niño querido, al que lo había sacrificado todo, hasta el honor, había quebrantado mi valor y aniquilado mi voluntad. No me quedaba más que un partido que tomar, y era el de dejar el servicio de la familia y trasladarme á vivir lejos del espectáculo de una expoliación que no podía ya evitar.

Recobré, sin embargo, mi lucidez y traté de investigar lo que hacía Roger; pero aquella puerta

no tenía ninguna hendidura ni agujero que poder aprovechar para mi objeto. Estaba recubierta por viejo cuero dorado, y la llave ocupaba el agujero de la cerradura por su parte interior. No podía ver ni siquiera si había luz en la habitación de Roger, ni oía en ella el menor ruido. Ó se había acostado y dormido, lo que no era probable, ó había quedado inmóvil ante la chimenea, absorto en sus pensamientos. Yo sabía que sus accesos de cólera duraban cinco ó seis horas por lo menos. No me atrevi á llamar ni á hablarle á través de la puerta. Me propuse acechar su salida á fin de tener una nueva explicación con él antes de que conferenciase con su madre. Tenía que esperar bastante tiempo, puesto que no eran más que las doce, y Gastón no iría indudablemente á buscarla hasta las seis de la mañana por lo menos.

¿Cómo ocupar mi cruel insomnio? Mil confusos pensamientos pasaban como relámpagos por mi cerebro. Por fin concebí una idea clara. Mr. de Salcedo era el único que podía salvar á Roger. Sólo él podía encontrar el medio de conciliar su propio deber con el cuidado de tranquilizar al hijo legítimo acerca de la virtud de su madre. Su honor estaba interesado, y yo fiaba mucho en la honradez del Marqués. Mr. de Salcedo era hombre de clara

inteligencia y de buen corazón. Se lo diré todo, pensaba yo, lo confesaré todo si es necesario, aun exponiéndome á su desprecio y á su indignación. Bien podía hacer esto más por Roger, puesto que por cariño á él había llegado hasta á envilecerme. Si á pesar de deshonrarme así no conseguía salvarle, no me quedaba otro recurso que levantarme la tapa de los sesos. ¿Por qué no? Perdidos su amistad y su cariño, no tenía por qué amar la vida. Me proveí de una luz, atravesé la capilla y el jardín, del que se podía salir por una escarpada brecha. Busqué en el sendero la puerta del subterráneo que conducía al Refugio. Mr. de Salcedo no cerraba de ordinario aquella puerta, y efeetivamente la encontré abierta. Encendí mi bujía y llegué hasta el punto en que estaba la campanilla que daba á la cueva del Refugio. Llamé resueltamente. Transcurrieron algunos minutos, los precisos para levantarse, y Mr. de Salcedo abrió la puerta. La franqueé y encontré abierta la trampa en lo alto de la escalera; el Marqués, envuelto en una bata, me preguntó que qué ocurría.

Yo le supliqué que me concediese una hora de conversación. Me hizo subir á su cuarto, y allí le conté sin reflexiones ni comentarios lo ocurrido ante mí aquella noche entre Roger, Gastón y Ambrosio. Mr. de Salcedo me escuchó con la más profunda atención, sin interrumpirme con una palabra ni un gesto. Cuando hube acabado, quedó aún mudo y absorto durante algunos instantes; luego me dijo con tono de confianza y de simpatía:

—Habéis hecho muy bien en ponerme al corriente de esas cosas, que alteran todos mis proyectos y exigen profunda reflexión. Ayudadme si podéis, como creo, á darme cuenta de una situación tan imprevista; vos conocéis á fondo el carácter de Roger; ¿creéis que su resolución de aceptar á Gastón sea duradera y formal?

—Sí, señor Marqués. Creo que Roger será inquebrantable en toda cuestión en que anden en juego los intereses, el honor ó la delicadeza.

—¡Oh! eso no lo dudo—continuó el Marqués; pero ¿no sentirá celos al tener que compartir con otro la ternura de su madre?

-Los tendrá, los tiene ya.

—Eso es grave, pero acaso pueda remediarse. Gaston sabrá hacerse querer, y Madame de Flamarande logrará sin gran esfuerzo tranquilizar las inquietudes de Roger. No encuentro otro peligro seriamente temible que las injustas y dolorosas sospechas que podrían asaltar al joven si alguien comete la imprudencia de revelarle las que ha te-

nido su padre. ¿No teméis que lleguen circunstancias en que pudiera ocurrir esto?

—Ya ha ocurrido, señor Marqués; Roger es ya presa de sospechas y dudas que le torturan.

—¡Entonces, no me lo habéis contado todo!¡Acabad vuestro relato!

Y mirándome con atención, continuó:

--¿Habéis sido acaso vos quien ha cometido la imprudencia que yo temía?

—Yo he sido—respondi yo casi en contra de mi voluntad.—Sabía las resoluciones tomadas en mi presencia por Madame de Flamarande hace pocos días, y quería evitar á toda costa que Roger las combatiese. Le he dado cuenta de vuestras intenciones de adoptar á *Trinidad*, y al oirlo, sin ninguna otra insinuación por mi parte, os lo juro, le ha acometido un verdadero acceso de furia. Me ha amenazado, me ha arrojado de su habitación, se ha encerrado en ella, y estoy seguro de que aun está en ella devorado por el furor.

Como Mr. de Salcedo me veía muy afectado, me reprendió con dulzura.

—No dudo de la bondad de vuestras intenciones—me dijo;—pero habéis cometido una grave imprudencia. Desde el momento en que Roger sabe que es su hermano y quiere reconocerle, no se debía haber vuelto á hablar de mi proyecto de adopción, que debía haber quedado secreto entre nosotros.

—¿No era, sin embargo, preciso—dije yo—detener á toda costa la precipitación de Roger?

—¿A toda costa? No, y mucho menos cuando nada habíais de evitar. Si Roger habla mañana á su madre, como es probable, ya se guardará ella muy bien de hablarle de mí, y aceptará con inmenso júbilo ese sublime impulso de su corazón.

—No son más que las doce, señor Marqués. En pocos instantes podemos estar en presencia de la señora Condesa. Me acusaré, confesaré mi falta, y entre ambos encontraréis el remedio.

-¿El remedio? No lo hay.

-¿Cómo que no lo hay?

—No. Roger no podrá menos de sufrir con la duda que habéis sembrado en su alma. Sufrirá más ó menos tiempo; pero al presente, su madre no haría más que agravar sus sufrimientos si consintiese en dejarme adoptar á Gastón. Sólo una cosa puede hacerse, y es, advertirle que en el caso en que Roger le repita vuestras palabras, le responda que estabais completamente equivocado acerca de sus intenciones. Si él no la habla de vos, bien seguro estoy de que ella no le hablará una palabra

de mí. En todo caso, creo que se la debe prevenir para ahorrarle el disgusto de la sorpresa. Encargaos vos de ese cuidado. Voy á escribirla, y vos le llevaréis la carta, procurando verla antes que Roger. No creo que haya que prever nada más. El porvenir está en manos de Dios.

La resignación pasiva de Mr. de Salcedo, á quien yo creía tan leal y escrupuloso, me sorprendió y me confundió mucho.

—¿De modo—le dije muy emocionado—que el señor Marqués abandona la partida, sacrifica á Roger y consiente que sufra las consecuencias de las desgracias y las faltas de su familia?

—Él es demasiado caballero y demasiado honrado para quejarse de ello—respondió Mr. de Salcedo. — Nunca oirá acusar á su padre ni por su madre ni por Gastón, y como lo que le ha dicho Ferras es la estricta verdad, no le costará trabajo sostenerla contra los demás si le contradijesen, ó contra si mismo si alguna vez pudiese ocurrírsele aún algún mal pensamiento.

-- Vos llamaríais un mal pensamiento á dudar.... á pesar suyo.....

—¿Del honor de su madre?—continuó vivamente Salcedo. — Ciertamente; tal idea sería un consejo del demonio.

—Sin embargo—exclamé yo profundamente indignado y sin poder ya dominarme—vos habíais previsto ese mal pensamiento como una cosa naral y casi inevitable, al arrancar á la Condesa la promesa de callar. Madame de Montesparre lo había juzgado también así, y yo, tyo os he creído á los dos! Yo no hubiera confesado nunca á Roger los derechos legales de Gastón, que no pueden defenderse sino mintiendo ante Dios y los hombres.

Yo estaba muy exaltado; creía de mi deber rechazar todos los equívocos y llegar pronto á los hechos por medio de un golpe de efecto. Mr. de Salcedo se levantó y me miró con aterradora fijeza. Aquel hombre, á quien yo había creído tan timorato y tan delicado, era, pues, capaz de sostener también la mentira.

Me causó miedo, porque comprendí que Roger estaba perdido y que le faltaba su última garantía, que era el honor de Salcedo. Miré á éste con gesto de reproche, sosteniendo su amenazadora mirada. Él permaneció en pie, sonrió desdeñosamente y me dijo:

—¡Nunca creí, Mr. Carlos, que vos hubieseis puesto jamás en duda el honor inmaculado de lasanta mujer de que hablamos! Permitidme que me sorprenda de encontrar en vos esos pensamientos, después de la confianza con que os ha honrado durante tanto tiempo.

-Lo que vos no podéis suponer, señor Marqués, es que esa confianza haya sido completa.

Estas frases irreflexivas y desgraciadas, contrarias á la franqueza, me condujeron á un abismo.

—¡ Mentís!—exclamó Mr. de Salcedo.—¡ Intentáis sorprenderme y arrancarme la confesión de un vergonzoso secreto!¡ Mentís cobardemente! ¡Jamás ha podido deciros Madame de Flamarande lo que queréis dar á entender, porque no podía decirlo, porque hubiera sido inferir un ultraje gratuito á la verdad, porque acusándose en falso de una falta me acusaba á mí de un crimen!

Yo me levanté á mi vez; mi trastornado espíritu seguía un camino falso. Mr. de Salcedo aludía á un crimen de traición para con su amigo el Conde, y yo me imaginé que se defendía de haber sorprendido y violentado á la mujer á quien amaba tan perdidamente.

—Madame de Flamarande no os acusa de nada —le dije.—El único que os acusa soy yo, puesto que me forzáis á ello. Vos os defendéis de haber -cometido un atentado en el fuego de la juventud,.... Pues bien; os equivocáis, señor Marqués: mejor sería que confesarais, ó por mejor decir, que fingierais confesar ante mí que sorprendisteis en su sueño á una joven, á una niña, que no se atrevió á gritar y que no supo defenderse.... ¡Sí; eso sería más decoroso para ella y más honroso para vos que permitir que crea en alguna complicidad por su parte! Esa hipótesis, que yo he presentado más de una vez al señor Conde, es, en mi concepto, la más probable. No es posible que una mujer esté tan corrompida á los diez y seis años. No se engaña así á un marido á los pocos meses de matrimonio, sobre todo cuando ese marido se ha casado por amor y es honrado á los ojos de todo el mundo v tan agradable como pudiera serlo cualquiera otro. ¡Confesad, pues!..... ¡Pero no, no confesaréis nada; sacrificaréis á Roger, puesto que estáis decidido á ello!.... Pues bien; yo os declaro que Roger sabrá toda la verdad, aunque me cueste la vida. Nunca se la hubiera dicho, porque contaba con vuestra lealtad; pero veo que vos le abandonáis, v no he de abandonarle yo, su viejo servidor, el único amigo que le queda. Yo sabré inspirarle la firmeza que necesita.... ¡No.... eso no, no haré eso!.... ¡Veré á su madre! ¡Voy á verla ahora mismo! La diré que lo sé todo, que tengo pruebas; ella no se atreverá á negar; dejaré que duden de ella sus dos hijos si es preciso; pero no consentiré la iniquidad de que se reparta la herencia de su marido entre el hijo legítimo y el que no lo es.

Mr. de Salcedo me había cogido el brazo derecho y me sujetaba fuertemente, con los ojos fijos en los míos, pero sin interrumpirme. Cuando quise marcharme para ir en busca de la señora, me detuvo, me hizo sentarme y me dijo con voz clara y firme:

—; Mentís! ¡O sois un loco ó un malvado! Veamos ahora mismo vuestras pruebas. No saldréis de aquí sin haberlas enseñado.

—No estoy tan loco que las haya traído á un sitio en que no me sería posible defenderlas; lo que puedo deciros es que sólo tengo una, pero terrible, y que podéis buscarla sobre vuestro pecho, señor de Salcedo. Allí tendréis aún el facsimile; pero el original está en mi poder desde hace mucho tiempo.

Estupefacto, aturdido Mr. de Salcedo, llevó la mano á su relicario, le abrió y miró el papelito. Durante el atento examen que de él hizo pareció recobrar su presencia de espíritu.

-Es cierto-dijo; una mano muy hábil ha reproducido el original. Sin embargo, es lo probable que no me hubiera equivocado si hubiera abierto el saquito; pero desde hace quince años que le llevo sobre mí, envuelto en una cubierta química impermeable, no le he abierto una sola vez por el temor de alterar su contenido, que quería conservar toda la vida como un talisman, como un preservativo contra la falta de valor, como uno de esos amuletos que usan los orientales y de los que no se separan nunca, porque les dan la esperanza de una vida mejor. Este era mi versículo del Corán, era mi única superstición. ¡El infame que me lo ha quitado puede creer que tiene en sus manos el signo y la consagración de veinte años de fuerza moral y de sacrificio!

Luego, mirándome fijamente, continuó:

—¿Sois vos quien ha dado esta muestra de sorprendente habilidad?

Era tan terrible su mirada, que comprendí la temeridad de mi conducta. Tenía sobre mí el original.

Salcedo era un hércules y podía forzarme á entregárselo.

Él adivinó mi ansiedad.

—Estad tranquilo—me dijo.—No usaré para con vos la violencia; rescataré mi talismán al precio que exijáis, porque por él tengo tanto interés como por mi vida; pero os lo dejaré en tanto que pueda ser útil, porque es el complemento de las pruebas de inocencia que guardo en esa mesa. Sabed que os desprecio profundamente, y que si se tratase de mí solo, os arrojaría de mí casa sin responderos. Pero se trata del honor de una mujer pura y del porvenir de sus dos hijos igualmente legítimos. Váis, pues, á tomaros el trabajo de leer todas las cartas de Madame de Flamarande á Madame de Montesparre, á fin de que quedéis convencido de que no tenéis ninguna prueba contra la señora Condesa y de que vuestras tentativas para herirla no han hecho ni harán más que aumentar vuestra confusión. ¡Leed!

Abrió el cajón de la mesa y quiso hacerme sentar ante ella; pero yo rehusé.

—Todas esas cartas no significan absolutamente nada—le dije;—conozco todas las que han sido escritas antes de 1850. En la noche del 27 de Mayo de dicho año fué cuando abrí ese cajón y me enteré de todo lo que contenía; en la mañana del 28, y aprovechando vuestro sueño, aquí, en este mismo cuarto, sobre esa misma cama, os sustraje la prueba suprema y la sustituí con mi autógrafo. Las cartas que hayáis podido recibir después no probarán más que las dirigidas hasta entonces á Madame de Montesparre. Ninguna mujer prudente, colocada en tan graves circuns-

tancias, confiesa la verdad á una rival, por muy generosa que ésta sea. Podría citaros de memoria pasajes enteros de esas cartas que son una hábil denegación, al mismo tiempo que un equívoco apasionado dirigido á vos por el intermedio de la Baronesa; ningún juez de instrucción podría ver claro en esa correspondencia, en la sutilidad de esas expresiones y en el tono general de las cartas, que lo mismo pueden atribuirse á las emociones de la maternidad que á las del amor. Si la señora Condesa ha escrito después de aquella época á su amiga, si os ha escrito á vos mismo, no dudo que habrá guardado la misma actitud y que se habrá producido con la misma prudencia, puesto que me permitís leerlo todo; lo que no me enseñaréis son las cartas ó los billetes particulares que no pasaban por las manos de la Baronesa, que no estaban en aquel tiempo en ese cajón, y de los que son el evidente y enérgico resumen las cuatro palabras conservadas sobre vuestro corazon.

Yo argumentaba como un abogado con la tenacidad de la convicción y sin cuidarme de otra cosa que de demostrar la exactitud de mi convencimiento. Mr. de Salcedo, tratado por mí de embustero, me había tratado á su vez de infame; estábamos en paz. Ya no le tenía miedo, porque me sentía sostenido por la sed de la verdad. Tampoco me avergonzaba ya de confesar la inicua investigación que en otros tiempos había hecho, y sólo me obstinaba en hacerle conocer que podría asesinarme, pero intimidarme no.

## XVI.

Salcedo comprendió bien que si yo era astuto como un agente de la policía secreta, era al mismo tiempo atrevido como un fanático y se abstuvo de volver á injuriarme.

Se contentó con responder:

—No podría enseñar á nadie cartas de Madame de Flamarande, porque jamás he recibido ninguna, ni siquiera el más sencillo billete, ni siquiera las cuatro palabras que tuve la imprudencia, la locura si así queréis llamarla, de cortar de una carta dirigida á otra persona, á fin de hacer de ellas un amuleto para mi uso. Me admira, señor Carlos, que habiendo explorado tan bien mis cajones, no os haya llamado la atención una de esas cartas. Esa es la prueba de que el hombre más hábil del mundo deja á veces escapar el detalle más significativo.

El Marqués abrió uno de los cajones de la mesa y tomó de él, con la seguridad de un hombre amante del orden, un legajo de cartas, en cuya cubierta se leía la fecha de 1849. Cogió del fin del legajo dos ó tres cartas, y encontró en seguida la que buscaba. Me la presentó y me invitó á leerla. Era corta y decía así:

«No le veré, pues, este año, pobre hijo mío! Sí, ya sé que esas entrevistas son peligrosas para mí y para él, y que cualquier influencia me obligaría á suprimirlas por completo. ¡Por amor á mi querido Roger, del que no quiero que me separen, me privaré de ver á mi pobre Gastón! ¡Ah, mi querida Elena, mi verdadera amiga! dí á la Baronesa que trate de hacerle ir á su casa. ¡Hace tanto frio y es tan dura la vida en esas rocas de Flamarande! Dila que por lo menos se informe á menudo de su salud, que sea para él una segunda madre y.....» Alli la letra estaba cortada, faltando la última línea y la firma, y ajustando la línea que él había cortado exactamente sobre el original, «y vela por nuestro hijo, Rolanda.» Mr. de Salcedo me hizo ver que lo que yo había tomado por un billete dirigido á él, no era más que el fin de una carta dirigida á Elena. Yo recordé que en la época en que se había escrito aquel billete, Elena,

que tenía una hermana colocada en casa de la Baronesa, había heche un viaje á Auvernia para verla. Encargada por la Condesa de informarse de Trinidad, era probable que hubiese escrito que estaba bien, y que aconsejando Salcedo ó la Baronesa á la señora que no fuese, ésta hubiera contestado con aquella carta á Elena, Madame de Montesparre, que se lo trasmitía todo á Salcedo, podía muy bien haberle enviado esta respuesta, y el amante, siempre apasionado y siempre romántico, podía haber tomado por divisa, por regla de conducta, por supremo consuelo, aquel ruego dirigido á Elena, y que él se aplicaba á sí mismo: Vela por nuestro hijo.

¿Cómo había escapado á mi atención aquella carta cuando había registrado el legajo? Y si la carta había pasado por mis manos, ¿cómo no me había chocado el corte de la última línea y de la firma? Verdad era que había hecho aquel examen presa de una emoción bien fundada y de una gran fatiga física; tal vez en el momento que tenía en mis mar os aquella carta habría debilitado mi atención cualquier ruido exterior y el temor de ser sorprendido.

Quedé mudo y sin saber lo que me pasaba. Mi espíritu se volvía de nuevo á la terrible noche de Mayo de 1850. Ya no veía á Mr. Salcedo, me creía solo. El viento de la noche parecía arrojarme al rostro burlonas risas, y su vibrar sobre los cristales parecía decirme: «¡imbécil, te has creído un sabio y eres un solemne estúpido!» Mr. de Salcedo me examinaba, leía en mi pensamiento. Me sacó de mi estupor retirando de mis manos la carta dirigida á Elena, que volvió á colocar en el legajo juntamente con las palabras cortadas; luego me dijo con abrumadora sonrisa:

-Esto os prueba, señor Carlos, que yo he sido siempre un insensato, por no decir un necio. Enamorado en mi juventud de una mujer adorable, hubiera muerto antes que dejarla sospechar mi amor, y yo os aseguro que no lo sospechó hasta que vió sus funestas consecuencias; pero ereyendo que había partido, figurándome que no la volvería á ver nunca, anhelando un recuerdo, un perfume, algo que hubieran tocado sus manos, entré por la noche en su cuarto para coger de él una flor..... Con esta romántica acción causé la desgracia de toda su vida; más tarde, creyendo haberlo repaparado todo sacrificando la mía á su hijo, oculté en mi seno cuatro palabras escritas por ella, en unión de la otra reliquia, de la flor manchada con mi sangre, y este humilde tesoro me ha sido robado por el espía del marido y se ha convertido en sus manos en un arma contra ella. Verdaderamente—añadió con amarga sonrisa—que no soy afortunado. Me parece mucha desgracia haber sido tan cruelmente castigado dos veces por dos faltas, que no me han producido otra cosa que la vergüenza de ser despojado por un infame y la desesperación de haber causado la desgracia de una familia.

Empezó á pasearse por el cuarto pasándose la mano por la frente como sí hubiese querido arrancar sus cabellos que el dolor había blanqueado; luego se detuvo de pronto, sonrió y pareció iluminado de una alegría repentina.

—¡ Pero no — dijo — blasfemo, y es estúpido blasfemar ante los ateos! ¡Es evidente que vos no creéis más que en el mal, como desgraciado servidor envilecido que sois de una mala causa! Os compadezco, porque en el punto culminante de una vida de sacrificios, no viendo en mi pasado más que disgustos y torturas, y en mi porvenir más que trabajo solitario, me siento animado de una fuerza singular que ha de darme la victoria. ¡He querido reparar y he reparado! ¡He renunciado á todos los placeres de la vida, á los goces de la fortuna, á las ambiciones de la juventud y á las de la virilidad,

á los placeres, á la actividad, á la gloria, al matrimonio y al amor! Me he hecho anacoreta. He servido obscuramente á la ciencia, he ocultado cuidadosamente á la que amaba la incurable herida de mi alma para no lacerar la suya, y con todo esto he vuelto á encontrar la paz y la alegría de mi conciencia y he sido más útil que si hubiese servido á una causa política ó secundado la acción de los hombres trabajadores de mi época; he educado al hijo de un hombre injusto que le había condenado á las tinieblas. Le he enseñado á vivir, he hecho de él un hombre de corazón, un hombre de bien y un hombre de ciencia. Se lo he devuelto á su madre, y se lo he devuelto digno de ella. No soy, pues, digno de lástima, no tengo derecho á considerarme desgraciado. Si no he tenido bastante fuerza de voluntad para arrancar de mi pecho un sentimiento funesto, la he tenido al menos para ocultarle y lo he conservado tan puro como el primer día. ¿Será de ese sentimiento mudo y respetuoso de lo que se me acusa ante los hijos de Mr. de Flamarande? Uno de ellos, el que me conoce, responderá que mi silencio honra á su madre; el otro comprenderá que á nadie debo cuentas de los combates interiores en que he sabido triunfar. Id, pues, Mr. Carlos, á acusarme ante Roger de que he queri-

do introducir un extraño en su familia; os aseguro que no lo creerá, á menos que sea presa de una corrupción improbable en su edad. Además, vo sabré exculparme. ¿Créeis que sufriría en silencio una imputación calumniosa? No; lo diré todo, si á ello se me obliga; lo diré todo, porque todo puedo decirle, puesto que nada hay ni ha habido que no proclame la razón, la moralidad y la castidad de su madre. ¡Veamos, hablad! ¿Qué pensáis hacer? Ahora ya os conozco y sé que sois capaz de todo. No trataré de impedir vuestra peligrosa iniciativa; pero os vigilaré, me pegaré á vos, escucharé vuestras palabras y estaré allí para explicarlas y desenmascarar al impostor. ¡Responded, pues! ¿Qué pretendéis hacer? No es el valor para obrar lo que os falta; bien lo habéis probado al venir aquí, creyendo encontraros con un hombre capaz también de todo para impediros desenmascararle. Ahora soy yo quien os inivta á proseguir vuestra obra de traición y delación; pero no trabajaréis ya en las sombras, os lo advierto; cara á cara conmigo es como tendréis que emprender de nuevo la lucha.